

Las tácticas del habitar

**Prácticas de recuerdos y (re)significación
de lugares en contextos de retorno de población**

Las tácticas del habitar

**Prácticas de recuerdos y (re)significación
de lugares en contextos de retorno de población**

MARÍA ANGÉLICA GARZÓN MARTÍNEZ



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Garzón Martínez, María Angélica, 1978-

Las tácticas del habitar : prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares en contextos de retorno de población / María Angélica Garzón Martínez. — Primera edición. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES), 2019.

222 páginas : ilustraciones a color, fotografías. — (Colección CES)

Incluye referencias bibliográficas e índice de materias y nombres.

ISBN 978-958-783-956-2 (rústica). — ISBN 978-958-783-957-9 (e-book). —

ISBN: 978-958-783-958-6 (impresión bajo demanda)

1. Comunidades rurales — Montes de María — Bolívar — Colombia 2. Movilidad social 3. Conflicto armado 4. Desplazados por la violencia 5. Desplazamiento forzado 6. Campesinos 7. Acción social 8. El Salado (Bolívar)(Colombia) — Condiciones rurales 9. Macayepo (Bolívar)(Colombia) — Condiciones rurales 10. San José del Peñón (Bolívar)(Colombia) — Condiciones rurales I. Título II. Serie

CDD-23 307.2209861 / 2019

Las tácticas del habitar

Prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares en contextos de retorno de población

Colección CES

© Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

© María Angélica Garzón Martínez

Primera edición, Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-783-956-2

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

Preparación editorial

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

cesed_bog@unal.edu.co

Gerardo Ardila, director del CES

Laura Morales G., coordinadora editorial

Leonardo Montes, foto de portada

Pablo Andrés Castro Henao, corrector de estilo

Julián Hernández - Taller de Diseño, diseño de colección

Juan C. Villamil Navarro, diagramación

Xpress Estudio Gráfico SAS., impresión

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos correspondientes.

Para Inti, Amélie, Jacobo y Selva: una generación montemariana que se extrañará con el contenido de este texto, pues encontrará en mis palabras un pasado difícil de imaginar. Inocentes, preguntarán: “¿Eso pasó?”. Y con poca atención escucharán parte de la narración, ya que estarán pendientes de los juegos y las complicidades que desde el vientre han venido tejiendo. Y para Rafael y Prana, quienes llegaron a agrandar nuestra familia.

Tabla de contenido

Prólogo	9
Agradecimientos	13
El camino de retorno	15
Del retorno al retornar	21
Habitar mediante el recuerdo	23
Del lugar y mi lugar	26
Notas finales	33
El retorno de población: la solución natural	35
Delineando el objeto	36
<i>El retorno como fórmula de movilidad</i>	37
<i>Entre derechos y deberes</i>	40
<i>Proyecto de desarrollo social</i>	43
El lugar de origen	47
<i>La promesa de un lugar mejor</i>	49
<i>Un lugar intacto</i>	52
El sujeto retornado: el más pobre de los pobres	55
La solución natural	60
Los Montes de María: el contexto del retorno	63
Los Montes de María y el conflicto armado	65
La expulsión	68
<i>El Salado</i>	70
<i>San José del Peñón</i>	71
<i>Macayepo</i>	72
<i>El desplazamiento forzado en los Montes de María</i>	74
El contexto del retorno	76
<i>El Salado</i>	78
<i>San José del Peñón</i>	80
<i>Macayepo</i>	83

<i>Retornos en los Montes de María</i>	85
¿Retornos dignos y permanentes?	87
Narrativas del retorno	95
Decires del retorno	98
<i>Ubicarme en contexto</i>	99
<i>Inicio y fin: el ayer y el ahora</i>	102
<i>La decisión del retorno</i>	108
<i>El primer día: la lucha con la naturaleza</i>	113
<i>Organización, liderazgos y amenazas al retorno</i>	119
<i>Aquí no estamos retornados</i>	125
La doble ruptura y la reconstrucción	128
Lugares y recuerdos	133
Quiosco interior de la casa de fachada azul	134
Los lugares del retorno	144
<i>Un recorrido</i>	144
<i>La casa enmontada</i>	152
<i>Cuerpos, sabores y objetos del retorno</i>	159
El lugar biográfico	165
<i>Dulce, cocina y embarazos</i>	165
<i>De la noche y sus recuerdos</i>	167
Retornar	168
<i>Cotidianidad</i>	168
<i>La vida continúa</i>	168
<i>La despedida</i>	168
Entonces, camino...	172
Las tácticas del habitar	173
La cotidianidad del retorno	175
Las tácticas del habitar	183
<i>Primera táctica: recordar</i>	184
<i>Segunda táctica: narrar(se)</i>	188
<i>Tercera táctica: organizar(se)</i>	190
<i>Cuarta táctica: habitar mediante el recuerdo</i>	195
Hacer habitable la cotidianidad	201
De regreso	203
Referencias	207
Índice de materias y nombres	219

Prólogo

Este libro complejiza y humaniza la mirada sobre los procesos de retorno que se llevaron a cabo con y sin el acompañamiento institucional en El Salado en 2001, San José del Peñón en 2003 y Macayepo en 2004, poblados ubicados en la región de Montes de María y escenarios de verdaderas “fiestas de sangre”, como las recuerdan los mismos sobrevivientes por la sevicia y crueldad con las que los integrantes del bloque Héroes Montes de María de las Autodefensas Unidas de Colombia atacaron a sus pobladores en el año 2002.

La obra incluye un análisis del retorno como formación discursiva, técnica de gobierno, política pública y objeto de conocimiento e intervención. Desde un enfoque crítico, la autora documenta las formas como en el seno de la creación, el diseño y la implementación de la política pública, el retorno se asume como la otra cara del desplazamiento, el regreso de la gente a su origen y a sus raíces, la reparación de los lazos fracturados y la recuperación del curso natural de la vida luego de haber sido expulsados. Estas agencias e instituciones asumen que los retornos pueden realizarse en “contextos normalizados” a pesar de que las mismas personas saben que las condiciones de seguridad, sostenimiento y no repetición no siempre están garantizadas. Los retornos entran a formar parte de las medidas de justicia transicional que contemplan proyectos de desarrollo social para la estabilización económica, integración social y bienestar de las víctimas. Sin embargo, a través de sus testimonios, los retornantes insisten en que la violencia cotidiana y estructural persiste y que los han dejado solos en la tarea

de reconstruir sus pueblos en medio de un paisaje completamente modificado, entre otros, por los cultivos de palma.

De acuerdo con la investigación que aquí se publica, las personas en situación de desplazamiento forzado deciden retornar porque no les fue bien en ciudades como Sincelejo o Cartagena, se cansaron de estar en una condición de mendigos en sus calles o estaban desesperados por no tener cómo pagar el arriendo. Otros no estaban dispuestos a perder sus tierras y sus viviendas. Retornar es “llegar al pueblo donde naciste y no saber pa’ dónde coger”, como se lo dijo una mujer a la autora. Con el regreso no se reestablece la vida anterior; se lucha por permanecer en un lugar enmontado, con las casas a punto de caerse, deterioradas, sin servicios, con pocos cultivos, sin animales: “Tirando machete, matando culebras, matando mosquitos”, es una frase con la cual uno de los pobladores se refiere al lento proceso de reconstrucción y trabajo individual y colectivo que se emprende en lugares donde, en vez de familiaridad, encuentran huellas del horror y marcas de abandono y desolación. Una de las personas que invitó a la autora a recorrer lo que alguna vez habían sido los espacios de su casa le decía: “Su cuerpo todavía se nota”, haciendo alusión al asesinato de su hermana. La memoria y los recuerdos son piedras angulares de estos procesos de retorno ya que, como lo dice la autora, se alojan en lugares, circulan por calles y avenidas, habitan en parques, bares y tiendas de esquina.

En los relatos y recorridos con las personas que protagonizaron los retornos la autora muestra que, lejos de ser el fin o la solución al desplazamiento el retorno es un trayecto atravesado por el miedo, por múltiples recorridos y luchas que se emprenden gradualmente. Al inicio, muchos viajaban temprano para desmontar, recomponer, limpiar, hacer habitable la cotidianidad y retornaban temprano a San Juan Nepomuceno o Sincelejo, en donde se encontraban viviendo temporalmente para abastecerse. Mientras los hombres tiraban machete y se procuraban algunos ingresos, las mujeres limpiaban las calles y casas, improvisaban habitaciones, buscaban alimentos para poder mantenerse en ese permanente ir y venir.

Con el retorno, los lugares biográficos se confrontaban con el volver. Los recuerdos modificaban las relaciones que tenían las personas con los lugares que habían sido propios y en los que habían creado anclajes íntimos de afectividad. Importantes registros de sus tradiciones de trabajo

colectivo y organizativo como las heredadas del tiempo de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) como mingas, colectivos de comunicaciones, tradiciones musicales como los festivales y la fiesta del dulce y la chicha, recreaban el pasado compartido, le daban continuidad a un proyecto colectivo que se condensaba en la frase: “Nosotros valemos más porque somos retornados”.

Con una gran sensibilidad poética, política y visual la autora logra presentar las historias de tres mujeres que son protagónicas en estos procesos de retorno y que comparten con la investigadora momentos de su día a día en la cocina, mientras cuidan a su esposo y a sus hijos, y mientras arreglan la casa, registrando la manera como las conversaciones discurrían en el rato compartido. Rosa, mujer de El Salado que vivió la masacre y salió con su esposo y sus tres hijos pequeños hacia Cartagena, decide regresar con su pareja, pero sin sus hijos, ya que estos deciden nunca más volver a su pueblo ni seguir a sus padres en este proceso. En medio de la sequía y la precariedad trataban de mantener su casa en pie. Maya, mujer joven de San José del Peñón, retornó con su bebé y sus hijos pequeños. Sus preocupaciones giran en torno a cómo va a educar a sus hijos cuando tiene que enviarlos todos los días hasta la escuela de San Juan Nepomuceno. Aura, mujer mayor de Macayepo, retornó siguiendo a su esposo e hijos luego de gestiones y reclamos realizados ante la gobernación en Sincelejo. Permanecía la mayor parte del tiempo sola porque su esposo y sus hijos tenían que desplazarse para trabajar y cultivar en municipios aledaños.

La escritura en este libro denota una gran capacidad reflexiva. Su fuerza reside en que la autora está presente en cada una de las líneas mediante diálogos consigo misma, registro de frases, miradas, detalles e inquietudes. La escritura se compone en sincronía con un rico montaje de imágenes fijas y en movimiento. Con un estilo que se encuentra en la frontera entre la literatura etnográfica y la fotografía, la autora demuestra un gran compromiso ético para explicar los procesos de reconstrucción, la potencia y el valor de mujeres y hombres del campo para retomar, desde la precariedad, el nuevo curso de sus vidas.

Andrés Salcedo Fidalgo
Bogotá, enero de 2019.

Agradecimientos

En primera instancia, agradezco a los y las pobladoras de la región de Montes de María que me recibieron con afecto y solidaridad. Particularmente, agradezco a las poblaciones retornadas de El Salado, Macayepo y San José del Peñón, quienes abrieron sus puertas para que fuera posible la investigación de la que doy cuenta en este libro. A Soraya Bayuelo, Beatriz Ochoa y Carmen Cárdenas, quienes, con su voluntad acérrima, me mostraron una región diferente a la imaginada por mí, me invitaron a vivir en ella y me permitieron elaborar diversas preguntas de investigación. Al combo del colectivo, sus espíritus emprendedores y aventureros, gracias por las risas y los aprendizajes.

En segundo término, quiero agradecer a Andrés Salcedo Fidalgo, quien acogió y animó esta propuesta. Sin su apoyo invaluable, interlocución y, especialmente, comprensión, estas letras no se hubieran escrito. Un agradecimiento especial a Andrés Cancimance, Oscar Iván Salazar, Sandra Jimena Gallego, Patricia Rodríguez, Omar Garzón, Andrés Castiblanco, Mónica Moreno y Alejandra Gaviria, compañeros y compañeras de rutas y andares. A Juliana Borrero por mostrarme las posibilidades de la escritura.

Finalmente, quiero agradecer a Adrián Farid Freja De La Hoz: cimiento, soporte, compañero y tranquilidad; luz y guía de mi camino. A Inti, quien a su corta edad supo comprender mi trabajo de escritura y me acompañó en el mismo. A José, Nyria y Leo por las complicidades. A todas las personas que, de una u otra forma, colaboraron para el desarrollo de este libro.

El camino de retorno

Teníamos miedo de lo que iba a ver; más bien, inquietud por no saber cómo comportarme, cómo mirar, qué decir, qué sentir. Era la primera vez que visitaba a una comunidad retornada y en mi cabeza solo rondaban imágenes de destrucción y abandono. El camino favorecía mis pensamientos; una trocha de difícil acceso que remontábamos ágilmente gracias a un *jeep* viejo. Un camino rojizo se escondía y aparecía juguetón entre las montañas. Colores verdes, amarillos y tonos terracota adornaban el paisaje. El cuadro me hacía pensar en la vida, en el aire de libertad que respiraba, en la crueldad y el dolor soportado por la comunidad a la que esperaba llegar. Todo tan bien conjugado en un escenario de difícil interpretación.

Este paisaje que producía en mí diversas sensaciones tenía otro efecto en mis compañeras y compañeros de viaje. El camino imponía el recuerdo:

- En esta curva, aquí mismo fue donde la dejaron.
- Por esta montaña, un poco más adelante los encontramos.
- Allí, en la cuneta, apareció dos días después.

Lo que para mí era un recorrido pintoresco, para otras personas era encontrarse una vez más con el dolor. A medida que avanzábamos en el trayecto, se nos presentaban las imágenes de lo que allí había sucedido. Los fantasmas hacían su incursión, sus recuerdos brotaban del camino. Mientras tanto, yo me preguntaba: ¿quiénes eran? ¿Cuáles eran sus historias? ¿Cómo eran sus rostros? ¿Quién los mató? ¿Por qué los mataron? Todo esto alimentaba mis temores iniciales, pero, sobre todo, me hacía sentir ajena a la situación, una simple espectadora que no podía hacer otra cosa más que guardar silencio, escuchar y seguir construyendo

interrogantes: ¿para qué recorrer el camino de vuelta? ¿Qué sentido tiene este volver? ¿Cómo regresar al lugar del miedo y del dolor?

Mis preguntas, sensaciones y temores no son propios. Son las encrucijadas a las que se enfrentan miles de hombres y mujeres que, en situación de desplazamiento forzado, conciben la posibilidad del retorno, de volver. Regresar al lugar del cual fueron expulsados violentamente es una decisión difícil de tomar. Más difícil aún si se tiene en cuenta que, aunque el panorama de la violencia en Colombia se ha transformado durante las últimas décadas bajo el manto aparente de la pacificación, seguimos viviendo en un país de guerras sin fin, de territorios abandonados, de masacres, atentados, asesinatos, secuestros, militares, paramilitares, guerrilleros, narcotráfico y más de cuatro generaciones de ciudadanos y ciudadanas que “han vivido en un estado permanente de guerra y zozobra” (Caicedo, Manrique, Delma y Pulido 2006a, 11).

Yo misma, a mis treinta y tantos años, no he conocido un país diferente al de la guerra, las viudas, los huérfanos, las fosas comunes y los cuerpos desmembrados que bajan por los ríos. Un país de mujeres como Oceana Cayón que no logran enterrar a sus muertos y solo obtienen pistas de su fallecimiento:

— ¿Por qué no me llamaron? —preguntó con apremio.

— Porque no había necesidad, yo traje lo que encontré —contestó Arbeláez con delicadeza.

Allí, sobre una bolsa de plástico negro estaba un trozo de brazo humano; de él manaba un líquido rosado [...]. Tomó la mano tumefacta y fijó la vista en el anillo [...]. Oceana Cayón comprobó que dentro del aro estaban su nombre y la fecha de su matrimonio grabados artísticamente [...] se inclinó y comenzó a llorar inconsolable. (Daza 1991, 48)

En medio de todo esto, la población civil y uno de los efectos más devastadores del conflicto armado interno: el desplazamiento forzado. Sobre el desplazamiento se ha dicho que es consecuencia del conflicto armado, que responde a unas lógicas de despojo y acumulación de tierras asociadas a la economía capitalista y a las disputas de poder entre diversos sectores. Que en nuestro país, más que una excepción es una constante histórica (Bello 2004; Osorio 2004, 2009).

Yo recuerdo a Jesús, un niño de ocho años que durante su vida ha sufrido tres desplazamientos forzados en el municipio de María la Baja (Bolívar). Un día Jesús me habló de su desplazamiento más dramático. El niño de forma calmada narró cómo durante la noche sintió acercarse un helicóptero a su casa: “Un ruido fuerte”, me dijo. Su madre lo sacó de la cama, le puso una olla en la cabeza y echaron a correr. Jesús recordaba la noche y la imposibilidad de ver. También la forma en que su madre corrió con él y las heridas que en la piel le produjeron las matas de monte: “Yo iba sin ropa, pero con la olla en la cabeza, mi mamá iba con su camisa de dormir”. Lo que más me impresionó del relato de Jesús es que se centraba en la imagen de la olla en la cabeza, hacía esfuerzos para explicarme que, aunque desnudo, iba protegido. ¿De qué? De las balas que rozaban su cuerpo. Junto a su madre, Jesús caminó toda la noche sin descansar hasta que al amanecer llegaron a la carretera, allí anunciaron lo sucedido. Pobladores de la región los llevaron a la iglesia, después al refugio y meses después a una pieza arrendada.

Ahora, Jesús estudia en una pequeña escuela del municipio de María la Baja. Es un niño retraído, poco sociable, al que tuve que acercarme una y otra vez para intentar descifrar su historia y explicarme el porqué de su silencio. Su madre se trasladó a Bogotá para conseguir empleo, lo dejó viviendo con una tía. El padre de Jesús murió en la emboscada y desde allí la vida le cambió. La historia de Jesús hace parte de la de aproximadamente 7,5 millones de personas que han sido víctimas del desplazamiento forzado en nuestro país. Según el Registro Único de Víctimas (RUV; 2019), Colombia contabiliza 8 356 734 de personas víctimas del conflicto armado entre 1985 y el 1° de julio de 2018. De ellas, 7 404 616 se han visto obligadas a abandonar sus tierras.

Después de un par de horas viajando en el *jeep* viejo llegué a mi destino. Tan pronto puse un pie en tierra, mis temores se desvanecieron rápidamente. Era el efecto del olor de un sancocho de gallina cocinado por manos campesinas, de la combinación de colores rojizos que se fundían en el paisaje, de niños y niñas corriendo por las calles y del sonido alegre de un vallenato que se dejaba escuchar por todo el pueblo. Por fin había llegado a Villa del Rosario o como se conoce ahora a esta población: El Salado (Bolívar). De este corregimiento sabía que había sufrido dos masacres: una en 1997 y la otra en el año 2000. Esta última fue la que dejó al pueblo desolado.

El panorama con el que me encontré era diferente al que me imaginaba. Solo había un par de casas destruidas. El Salado no era el pueblo fantasma que imaginé. Por el contrario, parecía un poblado vigoroso: varios jóvenes departían en una taberna, se escuchaba la música y el torneo de fútbol estaba por comenzar. La gente me recibió con amabilidad, sonriente y esmerándose para que yo me sintiera como en casa. ¡Parece que aquí no hubiera pasado nada! Toda esta gente que vivió la masacre y que se desplazó ahora está en su hogar, reconstruyendo sus vidas, me dije.

Pasadas un par de horas y cuando el efecto del primer encuentro comenzó a desvanecerse, mi entusiasmo inicial frente al proceso de retorno perdió fuerza. Me di cuenta de que la vida de esta población no era como antes ¡y cómo podía serlo! Ahora contaban con una base militar en su territorio que prácticamente se ubicaba en el patio de sus casas. Los soldados rondaban día y noche, eran una sombra siempre presente. La calidad de vida había desmejorado; del pueblo próspero que era gracias a la producción de tabaco quedaba bien poco. Del retorno entendido como una apuesta por el arraigo solo encontré vestigios. Era el cansancio de la vida en la ciudad y la imposibilidad de involucrarse de forma efectiva en circuitos económicos y laborales lo que movilizaba este retorno: “Pa’ no perder lo poco que nos queda, por nada más”, era el tipo de respuesta que escuchaba frente a mi pregunta del por qué volver. El retorno se revelaba ya no como una solución al desplazamiento forzado, sino como una estrategia más de supervivencia de la población golpeada por la violencia.

En Colombia contamos con una reciente “voluntad” política para apoyar procesos de retorno, una legislación consolidada frente a este tema y experiencias de retorno con éxitos relativos. Como proyecto político el retorno cobró relevancia durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe (2002-2010), pues dicho proceso era muestra de la estabilización del país y de la mitigación de las situaciones del conflicto armado que producían el desplazamiento forzado. Posteriormente, con el Gobierno Santos, el retorno fue considerado como escenario para la implementación de la política de reparación de las víctimas y el resultado del proceso de paz adelantado con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Durante los dos periodos presidenciales de Juan Manuel Santos, el retorno de población transitó de indicador a meta del plan de desarrollo. Así quedó consignado en Prosperidad para Todos (2010-2014), plan en el que el retorno fue considerado meta. Más adelante, con el plan Todos por un Nuevo País (2014-2018), el retorno quedó inscrito como parte del objetivo de integrar el territorio y sus comunidades, proponiéndose el retorno de 230 000 hogares para 2018 (DNP 2014). Es importante recordar que, en el acuerdo de paz firmado con la guerrilla de las FARC, el retorno aparece relacionado al acceso y uso de tierras productivas. En el capítulo 5 dedicado al tema de víctimas, el retorno se enuncia como medida de reparación integral para la construcción de paz.

En mi primera visita a El Salado conocí a una mujer que lideró parte del proceso de retorno. Me habían hablado de ella como una gran lideresa, una mujer luchadora que demostró no tenerle miedo a nada durante las arduas tareas de reconstrucción del poblado. Cuando me la presentaron me encontré con una mujer mayor que parecía cansada. Estaba sentada en una silla de su casa y poco se interesó por mi visita; siempre se mostró apática a mis preguntas respondiendo con monosílabos (sí o no). Me extrañé con ella, pues me la imaginaba diferente. Ante su desinterés hice pocas preguntas, entre ellas: “¿Ahora están mejor que en la ciudad?”. La mujer se quedó callada. Su cara me demostraba desconcierto. “Qué va”, contestó. No dijo nada más. Allí terminó nuestra conversación. Cuando salí de su casa encontré sentido a su respuesta. Esta población no vivía mejor con el retorno: no contaba con tierras, cultivos o una carretera en buen estado para movilizar personas y productos, como se dice en la región: “pa’ sacar algún enfermo”. Se habían recibido visitas de representantes del Gobierno, pero las promesas aún no se materializaban. Algunos de sus líderes habían sido exiliados —de nuevo— o asesinados —de nuevo—. Los “grupos” andaban por ahí y la presencia militar tensionaba el ambiente. “¿Ahora están mejor que en la ciudad?”. “Qué va”, contestó ella.

Pese a la voluntad gubernamental por promover procesos de retorno, los recursos invertidos y los planes para llevarlos a cabo, la puesta en práctica de estos procesos no ha dejado un saldo exitoso: los retornos se están dando con poca o ninguna ayuda institucional, las personas retornan a lugares donde la seguridad no está garantizada, la amenaza

del recrudecimiento del conflicto es permanente y la posibilidad de un nuevo desplazamiento muy alta. Esta situación ha llevado a que la Corte Constitucional en diferentes ocasiones se pronuncie frente al tema del retorno y la falta de seguridad para las poblaciones retornadas. Los pronunciamientos de la Corte han coincidido con otros pronunciamientos que señalan las falencias de la aplicación de la política de retorno en el país. David Cantor (2010) comenta que, aunque Colombia cuenta con un marco jurídico importante en materia de retornos, el Estado falla en la aplicación de dicho marco, pues todavía carece de claridad frente a sus obligaciones.

En esta misma lógica, Bello (2004) sugiere que la brecha existente entre la política de reasentamiento de las poblaciones desplazadas y su implementación resulta casi insalvable si se tiene cuenta el contexto histórico que ha producido el desplazamiento forzado y la coyuntura actual en la que se pretende realizar reubicaciones y retornos. Por su parte, la Comisión Colombiana de Juristas (ccj; 2012) advierte que la presencia de Fuerza Pública como parte del acompañamiento a los procesos de retorno desconoce el principio de distinción entre civiles y combatientes, lo que pone en riesgo a la población civil al aumentar las posibilidades de involucrar a dicha población en el conflicto armado.

A todo esto, se le suma el incumplimiento del principio de voluntariedad. Los procesos de retorno deben adelantarse siempre y cuando se cuente con la voluntad explícita de retornar. Sin embargo, el retorno en Colombia se está dando como una posible solución a los graves problemas que enfrenta la población en situación de desplazamiento en el lugar de recepción: falta de empleo, la imposibilidad de pagar arriendo, una ayuda estatal insuficiente, el peso que tienen las pérdidas de diversos patrimonios, etc. De esta forma, el retorno resulta ser la única salida que encuentran estas poblaciones —cuando no logran integrarse y recomponer sus vidas en contextos que, por lo general, son ciudades grandes e intermedias— a sus problemas económicos, de vivienda, de subsistencia y de reconocimiento social (Caicedo, Manrique, Delma y Pulido 2006a).

En este sentido, los retornos han pasado de ser una opción de reparación de la población desplazada a una de las posibilidades que dicha población tiene frente al difícil contexto que enfrenta en su desplazamiento. Sin embargo, con el retorno este panorama no varía,

puesto que la población no encuentra mejores condiciones de vida y de seguridad al volver. Para Ibáñez (2010) el retorno sin una ayuda estatal constante resulta poco efectivo. Esta autora propone que, para adelantar procesos de retorno efectivos, es necesario recuperar la capacidad productiva, mejorar la infraestructura, fortalecer los gobiernos locales y restablecer la confianza de la población. Poco de esto viene dándose en los procesos de retorno en Colombia. Al respecto, Caicedo (2006, 97) señala que el retorno en el país se ha reducido a un problema de “pobres que pueden sobrevivir con algún ingreso, habitar alguna vivienda y acceder a servicios públicos”.

El retorno, entonces, resulta una opción poco viable para las poblaciones en situación de desplazamiento forzado: se regresa sin las condiciones mínimas de seguridad, sin garantizar los principios de voluntariedad y dignidad, sin acompañamiento del Estado y sin las posibilidades de una estabilización socioeconómica. Entonces:

- ¿Por qué regresar?
 - Porque esta es nuestra tierra, aquí nacimos y queremos morir.
- (Testimonio de hombre retornado)

Del retorno al retornar

El retorno de población usualmente es entendido desde el campo de las movilidades forzadas como parte del trayecto del desplazamiento forzado, es decir, el último capítulo de la migración o el punto final de la historia del desplazamiento. En este sentido, el retorno no es considerado como un proceso en sí mismo, sino como el final de la movilidad forzosa; un tramo ya incluido en el estudio de dicha movilidad (De Sans 1982). La anterior perspectiva supone el retorno como un proceso de trasladarse de un lugar a otro, el efecto natural de la pacificación de un territorio y la solución al desplazamiento forzado.

Para mí, entender el retorno como punto final es reducir su complejidad y limitar las opciones para interpretarlo. El retorno no es necesariamente un recorrido inverso al realizado durante la expulsión forzada, un último recorrido o una opción reparadora para las víctimas del conflicto armado. Por el contrario, el retorno se presenta como un trayecto diferente al del desplazamiento forzado, pues el abandono y

la violencia han modificado referentes sociales y espaciales que hacen que no se retorne ni al mismo lugar ni por el mismo camino. No es un recorrido final, ya que las precarias condiciones a las que se retorna y la falta de garantías de seguridad proponen escenarios de vulnerabilidad en los que se producen nuevos desplazamientos. Finalmente, no es una opción reparadora, dado que en algunas ocasiones la decisión de retornar se toma bajo la presión de un medio que poco brinda condiciones de subsistencia a la población en situación de desplazamiento forzado.

Así, por ejemplo, varios de los hombres adultos a quienes pude entrevistar durante mi investigación me explicaron que su decisión de retorno se había dado porque no encontraban trabajo en la ciudad y porque no querían perder lo poco que les quedaba en el lugar de expulsión: usualmente una casa, unos enseres y las posibilidades de cultivar. Por su parte, las mujeres entrevistadas respondieron a la pregunta del por qué regresar argumentando que sus esposos habían determinado el regreso y que ellas no tenían mayor incidencia en dicha decisión. Aunque encontré casos en los que las mujeres fueron quienes asumieron el liderazgo del regreso (San José del Peñón, Bolívar), estos no fueron comunes. Lo anterior no es característica particular de los retornos en Colombia. En países como Perú y Guatemala la decisión de regresar fue tomada principalmente por hombres que no tuvieron en cuenta la posición que mujeres y jóvenes expresaban al respecto (Econometría, Acción Social, PNUD y ACNUR 2008).

Otro dato que me permitió dimensionar lo que significa el retorno fue encontrarme con hombres y mujeres que daban cuenta de su proceso desde la paradoja del saberse retornados, pero sentirse en situación de desplazamiento forzado. En mi indagación encontré que este sentimiento era común tanto para hombres como para mujeres, quienes me expresaban que sus condiciones de vida no se habían transformado de forma importante con el retorno. Una mujer retornada de Macayepo (Bolívar) me dijo que dichas condiciones habían desmejorado. Parte de las personas entrevistadas aludieron a un sentimiento de abandono, desprotección y olvido que les suscitaba su situación de retorno, en especial, el incumplimiento del Gobierno frente a todo tipo de apoyos prometidos.

Lo anterior controvierte de manera directa la idea del retorno como capítulo final de la movilidad forzosa, solución o cierre. Por ello consideré que plégarme a las perspectivas tradicionalmente usadas en el

estudio del retorno poco me ayudarían a entender el proceso social del que trata este regreso. Decidí tomar distancia de las propuestas de los estudios de movilidad para entender el retorno, ya no desde la idea de trayecto recorrido, sino como un proceso que implica la reconstrucción de lugares, subjetividades y redes sociales; esto es, concebir el retorno no como final sino como comienzo. Entenderlo como un proceso de dos aristas: por un lado, como la respuesta a los ofrecimientos estatales en términos de políticas de restitución y reparación a víctimas; y, por otro lado, como un proceso social en el que el volver se traduce en la defensa de la tierra, la economía y la vida propia.

Ahora bien, entender el retorno como inicio requiere un cambio de términos: pensar, no desde el retorno, sino desde el retornar: es decir, considerar el retorno como la acción de regresar a un lugar marcado por la violencia para reconstruirlo y desarrollar la vida en él, y no solamente como trayecto de regreso. Pensar en términos del retornar implica, entonces, preguntarse tanto por las razones que motivan el retorno como por los procedimientos que utilizan las personas para volver, quedarse y apostarle a la permanencia en el lugar de expulsión. Por ello, propongo concebir el retorno como el proceso de reconstrucción que se realiza en un lugar marcado por la violencia, la expulsión y el abandono. Un lugar que, permeado por promesas de reparación y estabilidad socioeconómica, configura las reclamaciones que sobre el presente realiza la población retornada y que moldea sus deseos por acceder a una vida mejor. En general, la propuesta que desarrollo en este libro es la de acercarse al retorno desde su cotidianidad y mediante las prácticas que utiliza la población para reconstruir y reconstruirse. En pocas palabras, entender el retorno como un habitar.

Habitar mediante el recuerdo

Entiendo el habitar —en el marco del retorno— como el proceso de reconstrucción del lugar en el escenario de la muerte y la expulsión. Encuentro que este habitar está determinado en gran medida por el recuerdo: es la rememoración de lo que se era, se vivía y se soñaba lo que le permite a la población retornada reconstruir su mundo, cohesionar a la población en torno al proyecto de retorno y, siguiendo a Millán (2009), rehacer el mundo horrorizado.

En mi investigación hallé la misma relación de reconstrucción de memorias y significación de lugares que previamente había encontrado Millán (2009) para el caso del retorno en Bojayá (Chocó). Para Millán, el retorno de esta población implicó necesariamente la resignificación del pasado y la reconstrucción del tejido social. Para esto, la población acudió a la memoria narrada en cantos con el fin de reorganizar el territorio: establecer lugares para los vivos y otros para los muertos que, por no tener un entierro digno, seguían deambulando por la población. De esta forma, fue la reconstrucción de memorias a través de los cantos lo que le permitió a la población de Bojayá rehabilitar el lugar del que fueron expulsados violentamente.

En el caso de los retornos con los que trabajé, las relaciones entre recuerdos y habitar también aparecieron como constituyentes de este proceso. Cuando hombres y mujeres retornadas me propusieron recorrer sus poblados, entrar a sus casas, compartir sus alimentos y contarme sus historias, me hallé con una población que recordaba constantemente los hechos de violencia que produjeron la expulsión forzada, los trasesgares (Salcedo Fidalgo 2015) que los llevaron a otras ciudades y poblados, así como los motivos que los llevaron a retornar. De todo esto, hacían especial énfasis en la vida que llevaban antes del desplazamiento forzado. Un pasado narrado desde la tranquilidad y el reconocimiento social en el que el conflicto armado se silenciaba o pocas veces aparecía. Creí estar ante una memoria literal (Todorov 2000) que poco le aportaba al proceso de retorno y que mantenía a la población viviendo bajo la ficción del todo tiempo pasado es mejor. Sin embargo, al examinar con detalle este recordar, ubiqué unas memorias en la que el pasado le daba herramientas a la población retornada para quedarse a pesar de las difíciles circunstancias que muchas veces enfrentaban.

Me encontré, así, con una serie de memorias que inscritas en paisajes, objetos, tránsitos y narrativas no constituían un proyecto explícito de rememoración, pero que sí actuaban en la cotidianidad. El acto constante de recordar de esta población se tradujo en procesos de apropiación y significación de lugares, en la disputa por ganarle terreno a las geografías del terror (Oslender 2004) y en las formas mediante las cuales se hacen habitables los mundos del horror (Millán 2009).

Considero que la reconstrucción de memorias por parte de la población retornada desborda el simple recordar nostálgico de un pasado

mejor. Los recuerdos son ejes constituyentes del proceso de retorno; es decir, son uno de los motores que movilizan estos procesos, no solo al activar el deseo de volver sino al darle sustento al permanecer. Cuando interrogué a una mujer de San José del Peñón por aquello que la motivaba a quedarse, ella respondió: “El pueblo era chévere, chévere. Es que el pueblo es pueblo, ¿verdad?”. Sus palabras hacían alusión a lo que este poblado era en el pasado y este era su argumento para apostarle al retorno. En ese sentido, entiendo que son las prácticas de recuerdo las que permiten la recreación y puesta en práctica de una cotidianidad en el retorno y, con ello, la posibilidad de consolidar estos procesos.

Entonces, parto de la idea de que las prácticas de recuerdo permiten el habitar en el retorno, pues son ellas las que controvierten los significados de lugar inscritos por la guerra. Entiendo las prácticas del recuerdo, siguiendo a Riaño (2006), como formas de acción que involucran un locus de experiencia y un dominio de conocimiento, es decir, acciones que devienen de la experiencia y pueden transformarla. Dichas prácticas emergen en la cotidianidad, operan desde allí y le proponen transformaciones. De esta forma, me intereso por las relaciones entre recordar y habitar que se dan en el marco del retorno.

Ahora bien, cuando hablo de los lugares del retorno hago referencia a tres lugares diferentes, pero estrechamente vinculados entre sí: primero, el lugar geográfico o el paisaje en el que se asienta la población y que ha sido producido históricamente; segundo, el lugar biográfico o la historia personal que se construye a partir del retorno y que da cuenta de las transformaciones subjetivas que se han tenido como individuos, integrantes de familias y de colectivos; y tercero, lo que he denominado el lugar organizativo, es decir, las formas mediante las cuales la población comienza a tejer sus lazos sociales a partir de experiencias organizativas. Estos lugares son, ante todo, escenarios metodológicos que emergieron de la exploración del retorno y de la pregunta ¿cómo observar este proceso? La idea la retomé de Riaño (2006), quien plantea que en las referencias al lugar se hace tangible la presencia de la violencia en las vidas y que los recuerdos se alojan en lugares. Los lugares del retorno también son lugares analíticos en la medida en que me permitieron organizar la información, relacionarla y tratar de entenderla. Finalmente, son lugares expositivos, pues a partir de ellos construyo el presente texto.

Del lugar y mi lugar

La investigación de la que doy cuenta en este libro la desarrollé en la región de Montes de María¹. Elegí esta región porque ya había realizado un trabajo previo en ella que me permitió acercarme a sus dinámicas y explorar la reconstrucción de memorias en contextos de desplazamiento forzado y retorno, construir lazos de confianza con sus pobladores y, gracias a esto, comprometerme personal, académica y políticamente. Allí, trabajé con los retornos de El Salado (El Carmen de Bolívar, Bolívar), Macayepo (El Carmen de Bolívar, Bolívar) y San José del Peñón (San Juan Nepomuceno, Bolívar), retornos que conocí entre los años 2008 y 2015, debido a diversos trabajos que me permitieron estar en contacto con la región. Otros retornos que conocí durante estos años fueron los de Villa Colombia (Ovejas, Sucre), Borracheras (Ovejas, Sucre) y La Sierra (San Jacinto, Bolívar). Durante la investigación pude contactarme, además, con líderes del retorno de Las Palmas (San Jacinto, Bolívar) y Las Brisas (María La Baja, Bolívar) aunque no pude visitar estas veredas.

En primera medida me interesé por estudiar esta región por ser una de las zonas más violentas del país. El actuar de guerrillas, paramilitares y fuerza pública la configuraron como una zona con niveles dramáticos de expulsión de población. En la actualidad, se habla de su pacificación y se invita a retornar a pesar de que nuevos grupos al margen de la ley actúan en la región (Bandas Criminales Emergentes, Bacrim) y que no garantizan la seguridad de estos procesos. Segundo, a pesar de que los retornos comenzaron a darse en la región casi de forma inmediata a la expulsión, hacia el año 2000, aún hoy existen procesos que no son conocidos por el Gobierno, no cuentan con apoyo de ninguna institución y se mantienen a la sombra. Esto contrasta con otros procesos que se producen en la misma región y que han focalizado gran atención mediática, de la academia, las ONG y las entidades del Estado. Esta diferencia entre retornos visibles e invisibles llamó poderosamente mi atención.

La tercera razón es la actividad organizativa que se da en los Montes de María, región conocida, precisamente, por esta tradición. Para el caso

1 Ubicada entre los departamentos de Bolívar y Sucre. Conformada por los municipios de El Guamo, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, Zambrano, El Carmen de Bolívar, Córdoba, María la Baja, Ovejas, San Antonio de Palmito, Morroa, Colosó, Chalán, San Onofre, Toluviejo y Los Palmitos.

del retorno, encuentro un auge organizativo importante de mujeres, poblaciones desplazadas, poblaciones retornadas, jóvenes, campesinos, etc. Gracias a esta organización social y política la población retornada ha logrado reclamar varios de sus derechos al Estado. Sin embargo, la tarea no ha sido fácil, puesto que algunos de sus líderes y lideresas han sido amenazados, asesinados o exiliados, particularmente, los reclamantes de tierras, aspecto que demuestra que la tenencia y goce de la tierra sigue siendo epicentro del conflicto en esta región.

Ahora bien, la elección por trabajar con los retornos de El Salado, Macayepo y San José del Peñón no obedeció a una elección estrictamente metodológica sino a las condiciones de mi propio trabajo de investigación. Conocí El Salado y Macayepo entre los años 2008 y 2009 cuando colaboré con el Colectivo de Comunicaciones Montes de María, una organización dedicada a la comunicación para el cambio social que tiene sede en El Carmen de Bolívar y cuyo objetivo es trabajar con niños, niñas, jóvenes y adultos en la transformación social. Allí, me vinculé con un proyecto de reconstrucción de memorias de población en situación de desplazamiento forzado que me acercó al tema y a la población.

Con el Colectivo de Comunicaciones conocí el retorno de El Salado, Macayepo, Borracheras y Villa Colombia. A Macayepo y Borracheras los visité un par de veces, puesto que las condiciones de sus carreteras impedían el acceso a estos lugares gran parte del año, lo que dificultaba enormemente llegar a ellos. Con Villa Colombia la situación fue diferente, pues, al ser parte del proyecto en el que trabajaba, debía ir a esta vereda de forma más o menos seguida. Pese a este contacto, Villa Colombia no me resultó un caso interesante de retorno porque en esta época estaba deslumbrada con El Salado, que se me presentaba como El (con mayúscula) caso de estudio. Debí pasar un tiempo para que me diera cuenta de lo valioso de cada retorno en su singularidad. En estos años también tuve la oportunidad de trabajar con mujeres que habitaban un barrio en San Juan Nepomuceno llamado Porqueritas. Estas mujeres habían sido desplazadas forzosamente de San José del Peñón, corregimiento comúnmente conocido como Porqueras. En los talleres de reconstrucción de memoria siempre se hacía referencia a este corregimiento y se le recordaba como un lugar maravilloso.

Por un buen tiempo pensé que Porqueras se encontraba totalmente abandonado, hasta que un día en una actividad con las mujeres de

Porqueritas me fue narrada la historia de Sequielita: la mujer que de madrugada tomó sus cosas y se devolvió caminando para San José del Peñón. “¿Entonces las personas retornaron a San José del Peñón?”, pregunté entusiasmada. “No muchas”, fue la respuesta que me dieron. Desde allí me propuse como meta personal conocer este retorno. Debía ver al maravilloso Porqueras que me había sido narrado, pero sobre todo conocer a Sequielita. Aunque durante el 2008 y 2009 permanecí un buen tiempo trabajando en San Juan Nepomuceno la oportunidad de llegar hasta San José del Peñón no se presentó. Tuvieron que transcurrir un par de años para que finalmente pudiera cumplir mi meta.

Durante este periodo de trabajo, mi contacto con las personas de la región se facilitó, pues, al estar vinculada con una organización del territorio, se me representaba como una persona cercana, es decir, una persona de confianza con la que se podía intimar. De hecho, establecí relaciones de amistad con varias de las personas con las que trabajé que perduran hasta el día de hoy. En términos de investigación esta cercanía me permitió obtener información muy detallada, preguntar una y otra vez, incluso, salirme del papel de investigadora para construir diálogos más horizontales, particularmente con las mujeres, quienes se mostraron mucho más dispuestas que los hombres a compartirme aspectos dolorosos de sus vidas. Así, el rol de investigadora con el que inicié mi vida en los Montes de María se transformó rápidamente en un rol que todavía no logro describir, pero que implicó cambios importantes en mi propia subjetividad; las personas con las que trabajé no me nombraron más como María Angélica, sino que me rebautizaron como Mayito, lo que podría ser un diminutivo, aunque, en realidad, resultó muestra de afecto.

Durante el periodo 2010-2011 seguí colaborando con experiencias sociales de la región desde Bogotá, particularmente con la Corporación de Desarrollo Solidario (CDS), que para la época adelantaba una investigación de carácter participativo con población en situación de desplazamiento forzado en el municipio de María la Baja sobre economía campesina. Apoyé esta iniciativa mediante ejercicios de cartografía social, asesorando la aplicación de encuestas y su sistematización. Gracias a este acompañamiento pude enterarme de la situación del retorno en las Brisas (San Cayetano) y conversar con uno de sus líderes. Aproveché cada viaje para actualizarme sobre el ambiente de seguridad vivida en

la zona, enterarme de las inquietudes que sobre la tenencia de tierra, los monocultivos y la economía propia expresaban campesinos y campesinas, y acercarme a sus dinámicas organizativas. No obstante, al ser este un trabajo voluntario, resultaba bastante limitado en sus recursos, por lo que en esta época no pude visitar ningún retorno.

El 2012 llegó con buenas noticias para el desarrollo de mi investigación. Obtuve la beca de investigación Orlando Fals Borda de la Vicedecanatura de Investigación y Extensión de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, la cual me permitió adelantar buena parte de mi trabajo de campo. Con estos recursos regresé a El Salado para realizar una serie de talleres con su población y algunas entrevistas a hombres y mujeres, permanecer por algunos días en El Carmen de Bolívar en búsqueda de contactos y volver a Macayepo. Había conocido a una persona de este corregimiento que me invitó de nuevo a él y que gestionó los contactos necesarios para que yo pudiera realizar entrevistas. El trabajo no fue como me lo esperaba. Aunque ya había visitado a Macayepo, las personas no me recordaban y se mostraron esquivas. Frente al interrogante: ¿quién es usted? Solo me podía mostrar como una estudiante universitaria que estaba interesada en el retorno. Aquí Mayito no existía, volvía a ser una “cachaca” que llegaba a preguntar y dependía de la voluntad de quien quisiera contestar. Me encontré en una situación incómoda replicando aquello que siempre he criticado: llegar, preguntar y marcharse. Me sentía extraña y frustrada. Pese a esto, pude desarrollar algunas entrevistas y recorrer parte del corregimiento para reconocer sus lugares.

A mediados del 2013, y cuando ya había cumplido con los compromisos de la beca encontré un trabajo que debía desarrollar en Bogotá, pero que me permitía viajar a los Montes de María. Me encargaron realizar un monitoreo sobre la situación de la restitución de tierras en el Caribe y, de ser el caso, acompañar a una comunidad que quisiera adelantar este proceso y retornar. Aunque parecía el escenario ideal para concluir mi trabajo de campo, las condiciones fueron adversas. El tema de restitución de tierras era uno sobre el cual pocas comunidades querían hablar por temor. En la región se rumoraba sobre la aparición de ejércitos que operando al margen de la ley amenazaban y asesinaban a reclamantes de tierras. No fue fácil ubicar a personas que quisieran reclamar sobre el despojo y mucho menos una comunidad

que quisiera retornar. De hecho, no la encontré. En cuanto a las posibilidades de conocer nuevos retornos, no las tuve.

Pese a esto, pude conocer al líder del retorno de las Palmas en San Jacinto, quien me advirtió que las condiciones de seguridad no eran adecuadas para ir a este retorno ni al de las Brisas en San Cayetano. A cambio de la visita me ofreció una entrevista muy detallada en la que dio cuenta de cómo se estaba gestionando el retorno de las Palmas bajo el aparente acompañamiento institucional, que resultaba en un par de visitas, de un par de funcionarios, un par de veces al año. En el desarrollo de este trabajo tuve la oportunidad de visitar de nuevo a Macayepo y aproveché para hacer entrevistas tanto a hombres como a mujeres. Esta vez el trabajo en Macayepo fluyó, no porque las personas me recordaran de la última vez que los visité, sino porque yo iba uniformada con un chaleco de la institución en la que trabajaba. Aunque no soy amiga de los uniformes, mi contrato estipulaba que debía portar esta prenda siempre que estuviera trabajando con comunidades. Recuerdo que hacía calor, el chaleco era de una tela pesada y me quedaba grande. Me resultaba absolutamente incómodo. No me lo quité porque iba con otros compañeros y compañeras del trabajo que podían reportar mi falta al protocolo y generarme problemas con la institución con la que trabajaba. Entonces, me resigné al chaleco e inicié la indagación.

Para mi sorpresa me encontré con personas interesadas en responder a mis preguntas y no esquivas frente a ellas como en mi visita anterior. ¿Qué había hecho cambiar la actitud de las personas si yo era la misma cachaca que llegaba a preguntar? La respuesta fue fácil de inferir: el chaleco de tela pesada que me quedaba grande. Dicho atuendo me transformó en doctora (así me llamaban a pesar de mi solicitud de que me dijeran por mi nombre) y en referente de oferta institucional, es decir, ya no era la estudiante universitaria con los brazos vacíos sino una funcionaria con la cual se podían tramitar ciertos reclamos. De hecho, una mujer insistió en regalarme una gallina a cambio de que la ubicara en alguna lista de vivienda gratuita para víctimas. Dimensioné, entonces, las expectativas que se hacía esta población con respecto a mi visita, la responsabilidad de hacer claridad frente a los alcances del proyecto que yo representaba y la carga de poder que se obtiene cuando se usa un chaleco con un logotipo institucional (así quede grande).

Cuando regresé a mi oficina en Bogotá, me encontré con un llamado de atención acerca de mis viajes: eran muy frecuentes. Como la idea de un monitoreo de la región del Caribe realizado desde un escritorio ubicado en la capital del país me parecía centralizada y absurda, renuncié. Hice un balance de la información recogida y concluí que era suficiente y que podía terminar mi ciclo de trabajo de campo para dedicarme a sistematizar y analizar. Pasé buena parte del 2014 en esta labor, pero siempre manteniendo la inquietud por una meta que no había podido cumplir: visitar a San José del Peñón. Iniciando el 2015 y con todo listo para sentarme a escribir, decidí no dar más espera. Alisté mi maleta, tomé mis pocos ahorros y volví a los Montes de María. Contacté a un par de amigos para que me acompañaran a San José del Peñón y me embarqué en este último viaje. Finalmente, pude llegar a Porqueras, pasar unos días en esta población y sentarme a charlar con Sequielita. La experiencia fue muy gratificante: las personas se mostraron amables conmigo, me colaboraron en todo y se entusiasmaron con las entrevistas. De nuevo, me sentí como Mayito. A pesar de haber visitado solamente tres veces a San José del Peñón, lo incluí como parte de mi investigación, pues los pocos días que pasé en este corregimiento fueron suficientes para recoger información detallada y pertinente para mi trabajo.

La trayectoria anteriormente expuesta fue la que me permitió acercarme a la realidad del retorno, conocerla y tratar de comprenderla. También, me propuso transformar mis preguntas de investigación, consolidarlas, hacer claridad frente a ellas y, finalmente, darme cuenta de lo difícil de su respuesta. Metodológicamente, retomé los principios de los trabajos de la memoria en los que se priorizan las voces, sentires y significados del pasado elaborados por las poblaciones víctimas del conflicto (Jelin 2001; Riaño 2000, 2006). Entender que “conocer con empatía no significa ponerse en el lugar del doliente sino al lado del doliente, establecer una relación de solidaridad” (Nussbaum citado por Ortega 2008, 62). Por ello, privilegié un acercamiento de carácter etnográfico basado en la observación, las entrevistas y las charlas con personas retornadas.

Políticamente aposté por evidenciar las formas mediante las cuales las poblaciones retornadas adelantan este proceso en medio de unos contextos complejos de violencia, discursos de posconflicto y demandas de verdad, justicia y reparación. Por ello me interesó exponer las

representaciones que sobre la región de Montes de María diversas fuentes construyen como un territorio pacificado, las narrativas que elaboran las personas retornadas sobre su pasado, presente y futuro, así como la vivencia del retorno en su cotidianidad.

Entender el retorno como un proceso de reconstrucción personal y colectiva, definirlo como un habitar mediante el recuerdo y analizarlo desde una mirada que integra representaciones del retorno, narrativas y cotidianidades son los aportes que realizo desde esta investigación.

Para ello, inicio con la construcción de un estado del arte crítico en el que doy cuenta de la forma en que el retorno se ha nombrado desde diferentes escenarios y por diferentes actores, constituyéndolo en objeto de conocimiento, intervención y reflexión social. Me interesa en el primer capítulo explorar los supuestos a partir de los cuales se construye el objeto retorno y, a partir de estos, el cómo se imagina un sujeto retornado con ciertas necesidades, expectativas y condiciones de vida.

El segundo capítulo presenta el contexto regional en que se produjeron los retornos de El Salado, San José del Peñón y Macayepo. A partir de la reseña de los hechos de violencia que produjeron el desplazamiento forzado en la región de Montes de María y su explicación, introduzco discursos de pacificación, políticas derivadas de ellos y el aval a los procesos de retorno. Señalo aquí varias de las problemáticas que se presentan actualmente en esta región y que se convierten en obstáculos de importancia para el fortalecimiento de estos procesos.

“Narrativas del retorno”, el tercer capítulo, está dedicado a las voces de las personas retornadas que colaboraron con esta investigación, la forma en que recuerdan y narran el proceso de retorno, los énfasis, las pausas y los posibles silencios. A partir de este ejercicio, respondo a las preguntas: ¿cómo se construyen las narrativas del retorno? ¿Cómo se significa este proceso? ¿Con qué fines se recuerda el retorno?

En el capítulo cuarto, “Lugares y recuerdos”, desarrollo una apuesta por el ver y vivenciar recuerdos y retornos. Privilegio en este capítulo las palabras, charlas, recuerdos, rostros, olores, sabores, cuerpos, lugares y objetos que quedaron registrados en mis diarios de campo. Ilustro el capítulo con una serie de fotografías que recolecté durante mis trayectos, con el fin de mostrar aspectos de la relación retorno-prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares que se le escapan a la escritura.

El último capítulo, “Las tácticas del habitar”, es de corte analítico y en él examino las cuatro tácticas utilizadas por la población retornada para (re)significar el lugar, hacerlo vivible e incidir en su cotidianidad. Aquí presento la forma en que el recuerdo, su narración y materialización en recorridos, objetos y lugares permite la reconstrucción personal, colectiva y organizativa que demanda el permanecer en el retorno.

Notas finales

En los Montes de María aprendí la importancia de las historias y de los rostros. Del escuchar, del narrar, del decir. Por esto, quería que el resultado de mi trabajo de investigación fuera el recuento de historias, nombres y rostros de las personas que colaboraron en su realización. Sin embargo, el contexto en el que escribo es un contexto difícil para varios líderes y lideresas retornadas y reclamantes de tierra, quienes han recibido amenazas contra sus vidas, las de sus familiares o de sus procesos organizativos. Debido a lo anterior y siguiendo la petición que algunas de las personas entrevistadas me hicieron de mantener su identidad de forma anónima, utilizaré a lo largo del texto solamente los descriptores “hombre retornado” o “mujer retornada”.

La valiosa colaboración de las personas retornadas de San José del Peñón permitió que este texto fuera acompañado de un clip audiovisual titulado: *San José del Peñón: la tierra donde uno vive*, que recoge parte de los resultados de esta investigación. El clip se encuentra disponible en <https://youtu.be/tBbNcWdTmUs>